

## Prólogo

*El jardín de la memoria: Fabrizia Ramondino y la casa de Son Batle*

Al llegar a la montaña, aparqué el coche y cogí mi mochila. Llevaba conmigo unos cuantos libros y una muda. El calor era denso y húmedo, el primer aliento del verano. Había conducido durante horas por carreteras secundarias sin otro rumbo que el horizonte. A lo lejos, en la fina línea del firmamento, un buitre escrutaba sin éxito las huellas de los aviones. El contraste entre aquella imagen diáfana del cielo y la penumbra del bosque en el que me adentraba me hizo pensar en el misterio de cualquier viaje, que no radica en el camino —como creía Kavafis— sino en el retorno al hogar. ¿Qué te vas a encontrar al volver a casa?, me preguntaba. Penélope permaneció a la espera de Ulises durante veinte años en su palacio de Ítaca. Su fidelidad refleja una moral y también un sentido del tiempo: nuestra palabra resiste el paso de los siglos. Sin embargo, no todos los héroes griegos fueron tan afortunados. Esquilo cuenta que, tras la guerra de Troya, Clitemnestra aguardaba a su marido Agamenón para asesinarlo. La Antigüedad clásica no oculta el lecho de cadáveres sobre el que se erige la Historia, ni deja de documentar la barbarie. En cambio, en la parábola del hijo pródigo, la casa adquiere los rasgos propios del anhelo: el del padre que confía en el regreso del hijo y el del hijo que, avergonzado, desea reen-

contrarse con su progenitor. Según el evangelista, es en el hogar donde convergen la memoria con la esperanza y el pasado con el futuro. De un modo más preciso, diría que el espacio crea el tiempo y no a la inversa.

Para la escritora italiana Fabrizia Ramondino, el temprano descubrimiento de ese nexo supuso un acontecimiento sin el cual no se puede entender ninguna de sus obsesiones posteriores: la infancia y el recuerdo, la marginación y el exilio, las mujeres y la familia. «La intuición del vínculo indisoluble entre el espacio y el tiempo —leemos en su ensayo *In viaggio*— fue la vivencia más radical de mi niñez; la que mientras me descubría el Yo me iniciaba en la muerte. Solo que la percepción espacial resulta más externa y la del tiempo más íntima.» En aquel momento, la autora, con apenas seis años, había sido ya expulsada de su paraíso particular: la legendaria casa de Son Batle, en las afueras de Palma, alrededor de la cual gira su novela *Guerra de infancia y de España*. Su padre, Ferruccio Ramondino, había asumido el cargo de cónsul en Mallorca a principios de 1937. Era un diplomático culto y elegante, graduado en chino mandarín por L'Orientale de Nápoles, que llegaba a la isla tras una larga década en Pekín. Nuestra guerra civil acababa de empezar y Mussolini pretendía convertir el archipiélago en una base permanente desde la que sus aviadores pudieran bombardear la costa peninsular y asentar su control sobre el Mediterráneo. Unos pocos meses antes, un falso aristócrata boloñés que se hacía llamar conde Rossi había dirigido la represión paramilitar en Mallorca después del fallido desembarco republicano del capitán Bayo en las playas de Porto Cristo y Sa Coma. Sus «dragones de la muerte», de nítida inspiración fascista, sembraron el terror hasta que las autoridades españolas se hartaron de sus excesos y exigieron su salida. Roma decidió entonces enviar a Palma a un funcionario de primer nivel y abrir un consulado permanente. Cabe preguntarse qué impacto causó la llegada del nuevo representante italiano: un políglota que leía a Chuang

Tse y que intentó sin éxito publicar la traducción catalana de los versos de Pascoli firmada por Maria Antònia Salvà. Entre sus amigos se contaban historiadores como el jesuita Miquel Batllori o el padre Gaspar Munar, a quien dedicó su opúsculo *La peste di Messina del 1743*. Su círculo intelectual debió de ser aún más amplio, como hace suponer la referencia solapada al escritor Llorenç Villalonga que aparece en *Guerra de infancia y de España*.

Junto al cónsul, se trasladaron su mujer, Pia Mosca, y la pequeña Fabrizia. Pia —otro de los personajes clave de esta novela— descendía de una antigua familia de Umbría emparentada con santa Clara de Asís. Mujer brillante y elitista, amaba la literatura y la modernidad aún más que su marido. En *Guerra de infancia y de España*, la autora la imagina conversando con Dolores Franco, la esposa de Julián Marías, velada en el texto bajo el pseudónimo de señora de Pynia. Sin embargo, los Marías nunca vivieron en Mallorca; así que este encuentro, si no es fruto de la ficción, ocurrió en Madrid a finales de 1943 o a principios de 1944, cuando los Ramondino se instalaron en la capital. También nos la muestra leyendo *Los grandes cementerios bajo la luna*, el feroz alegato contra los crímenes nacionales que escribió Bernanos y que Mosca se hizo enviar desde Italia por valija diplomática. Convenía guardar silencio sobre aquellas lecturas, nos recuerda Fabrizia en el libro. Ya desde niña, comprendió que hay temas sobre los que se puede hablar y otros sobre los que conviene callar. La auténtica literatura se sitúa en este intersticio. No es el único.

Al llegar al refugio que me iba a servir de alojamiento durante aquellos días, pensé que sus viejas paredes de piedra anunciaban un silencio que pertenece al pasado. A sus pies se abría un valle frondoso, poblado de encinas, pinos y acebuches. El Mediterráneo quedaba en la lejanía. Seguramente desde la cima

de las montañas que rodeaban el valle se divisaba aquel mar de mi niñez, sus veranos perdidos. Evoqué por un momento la cabaña de madera de mi abuela en el Báltico, que llamábamos «la casa del tesoro» porque en aquel lugar un antepasado nuestro había encontrado un cofre repleto de monedas de oro. O eso contaba mi abuela y yo me lo creía; a pesar de que, hace unos años, mi tío me dijo que no sabía nada de aquella historia, pero sí de otra similar acaecida en el faro y que tal vez las dos fueran una sola. ¿Qué importan la verdad o la mentira si sirven al verdadero relato de la vida? Recordé que en la *Areopagítica*, John Milton dejó escrito: «El bien y el mal, según sabemos, en el campo de este mundo crecen juntos, casi inseparablemente». Y pensé que se podía decir lo mismo de la verdad y de la mentira, exceptuando que, tanto en la realidad como en la fantasía, hay una exigencia de redención: la del hombre que necesita ser salvado y acogerse a un sentido.

Cuando Fabrizia Ramondino regresó a Mallorca en las Navidades de 1979, había olvidado ya su primera lengua, el catalán insular, idioma que le resultaba dulce y picante «como el sabor de un plato de caracoles». Buscaba ansiosa volver a Son Batle, aquel paisaje iniciático donde había descubierto el bien y el mal antes de que el Ángel de la Historia decretara su expulsión. Solo la localizó al final, junto al cementerio. Se mantenía en pie como un fósil hermoso y desafiante. Ya anciano, el antiguo jardinero recordó su nombre y el de sus padres y hermanos. Le abrió las puertas de la villa. Ella deambuló por el huerto y por las vetustas estancias, acarició los cipreses, se asomó al pozo. «Al igual que los sueños son más visuales que auditivos —anotaría después—, así sucede con la memoria. De no haber sido por el jardinero, aquel paseo se hubiera asemejado a un sueño. Él estaba allí para testimoniar no solo la concreción de lo real, sino también la relatividad del tiempo: mientras el mío en Son Batle se situaba en una época lejana y fabulosa, el suyo se encontraba ligado al paso de los días y a los trabajos que allí ha-

bía hecho. Mi tiempo era el de Ulises cuando retorna a Ítaca, el suyo el de Laertes que permanece en el lugar. La dialéctica entre quien se queda y quien se marcha transforma nuestro concepto de tiempo.» No solo lo transforma, pienso ahora, sino que reorienta nuestra mirada, nos hace otros.

Novela de madurez, *Guerra de infancia y de España* es la labor de una vida. La resume, la culmina; también la explica. Con mínimas revisiones, algunos de sus capítulos habían sido publicados veinte años antes en la colección de relatos *Historias de patio*. Dos décadas, quizás tres, trabajando sin cesar con el mismo material. «No creo en la literatura realista —dijo—, sino en la escritura que va de la mano del pensamiento y en ausencia de ideología.» No es solo eso, aunque también: en Ramondino no hay escritura realista porque construye de modo obsesivo sobre la textura fantasmagórica de las imágenes que perduran en la memoria. Así lo hace en *Guerra de infancia y de España* y así lo hará en *Althénopis*, sus dos obras maestras, autobiográficas ambas. Como una arqueóloga, la autora excava buscando un tesoro que se ha extraviado entre los sedimentos arenosos de la conciencia. Su identidad se moldea con las visiones que le proporciona el recuerdo; pero también con el olvido que corroe la memoria, la altera y la ilumina antes de precipitarla de nuevo en la oscuridad. Sabe que la *palabra* nos redime. Y por eso escribe. Porque la literatura es el último asidero que niega a la destrucción el crédito de la victoria.

Libro también femenino y, sobre todo, de mujeres, junto a la niña y la madre sobresalen las figuras de la abuela napolitana y de la nodriza mallorquina, Dida. Las dos alcanzan una dimensión numinosa. De la abuela, Ramondino nos cuenta en *Althénopis* que «vestía siempre de negro, pero cuando pasaba por la plaza de Santa Maria del Mare, los colores acechaban a su alrededor como las llamas del infierno amarillos, violetas; a veces hasta rojos y verdes. No llevaba pulseras y, sin embargo, parecían emanar resplandores dorados de sus muñecas. Cami-

naba erguida y rápida, oscilante la gran cabellera alzada». A ella le debe el amor por los débiles, a los que percibe como depositarios de la auténtica santidad. «En realidad, si no hubiera pobres —leemos en *Althénopis*— el mundo sería mucho más pobre, porque significaría que habrían vencido los poderosos y los grandes de la tierra y que el mundo estaba en manos de la arbitrariedad. ¿Quién sería entonces, hermana, nuestro hermano?» Dida, por su parte, ejemplifica un tipo de amor maternal, el dialecto secreto de sus primeros años —el mallorquín— y una incipiente conciencia de clase por contraste con los usos y maneras de la servidumbre. Y la guerra siempre al fondo, filtrándose entre las rendijas de la realidad, reclamando el precio de la sangre, que es el del horror. Dos guerras —al inicio la española, a continuación la europea— cuyo eco lejano determina el destino de los protagonistas.

Novela de mujeres, además, porque su mirada central es la de una niña, Titita —*alter ego* de la escritora—, y porque empieza con un relato inolvidable que delimita un territorio mítico, Son Batle, y nos presenta a su propietaria, que amadrinará a la hija del cónsul. ¿Existió la señora de Son Batle? Por supuesto, aunque el personaje de la obra es en gran medida fruto de la imaginación. Su verdadero nombre era Mary Cabot Wheelwright, una bostoniana de alta cuna que había adquirido la propiedad en 1928 por ciento siete mil pesetas. Wheelwright era ya una antropóloga de prestigio, especializada en la cultura de los indios navajos. Amiga de poetas, músicos y pintores —Georgia O’Keeffe, por ejemplo—, Wheelwright se marchó de Mallorca en 1936 y jamás regresó. Prefirió seguir vagando por los océanos hasta establecerse definitivamente en Santa Fe, donde se preserva su legado en un museo dedicado a las tribus nativas de los Estados Unidos. ¿Qué sabían los Ramondino de aquella misteriosa dama que les alquiló su vivienda? ¿Se conocieron acaso en el barco que los conducía de Nápoles a Palma, como se sugiere en el libro? A saber, pero es con la presencia im-

ponente de la señora de Son Batle como se inician dos de los textos mayores de Fabrizia —*Historias de patio y Guerra de infancia y de España*— y en ambos aparecerá como su ahijada. ¿Le fascinaba acaso su independenciam de carácter, el hecho de que cabalgara en solitario por las llanuras del Oeste o de que surcase los mares una y otra vez tras la muerte del padre? No lo sabemos. En la correspondencia mallorquina de Wheelwright (cuya lectura debo a la amabilidad de su biógrafa, Leatrice Armstrong), hay referencias no solo a los criados —Dida, el jardinero, la cocinera— sino también al esplendor de la finca y de sus campos. «Los almendros están en flor —puede leerse en una carta de 1932—, y, ¡oh!, cómo desearía que pudieras verlos. A la luz temprana y tardía, los árboles son tan etéreos que parecen a punto de elevarse al cielo.»

En verano no se ven almendros en flor, pero he bajado hasta el mar, que es el mar de Son Batle y de los Ramondino y de Mary Cabot Wheelwright y de Dida, y que es también el mío. He aparcado el coche en el cementerio y luego he seguido andando en pos de un territorio que pertenece a la ficción. Esta noche volveré a casa y dormiré con mi mujer y mis hijos. Es el final de cualquier viaje, incluso de los más felices. *Guerra de infancia y de España* es una novela misteriosa, llena de meandros, a veces excesiva, de una finura sutil que nos habla de la memoria y de la identidad. Es una obra que solo podemos juzgar desde su radiante y perturbadora belleza. Y que nos permite asomarnos al jardín del Edén y también a sus sombras, a la Caída.

DANIEL CAPÓ